

después de bautizados y casados? Acordaos que muchas veces nos decíades que por nosotros habíades venido de Castilla, y que Dios os había enviado. Pues si ahora nos dejáis ¿á quién iremos?»¹

En Michoacán fué tanto lo que los indígenas amaron y respetaron al venerable P. Fr. Juan de S. Miguel, que le erigieron una estatua á fin de que su memoria fuese imperecedera.²

El empeño que los frailes tomaban á favor de los indios los exponía frecuentemente á la ira y á las injurias de los españoles, aunque los buenos confesaban que si no fuera por los religiosos, la Nueva España estaría desierta como las islas. El defender á los naturales, el procurarles algún tiempo para su descanso ó instrucción, el conseguirles moderación en los tributos, fué causa que los españoles llegasen á determinar asesinar algunos frailes, pues éstos les impedían sacar de los indios todo el provecho que apetecían.³

¿Y, quiénes fueron sino los religiosos dominicos los primeros en levantar el grito contra los encomenderos, hasta lograr que se declarase por ley que los indios no estaban obligados al servicio personal?⁴ ¿Quiénes, sino los franciscanos eran los comisionados de la corona para que avisasen á los indios esclavos que debían pedir la libertad?⁵

Los misioneros fueron los que fundaron en Nueva España la mayor parte de los hospitales, escuelas y colegios; ellos los que enseñaron á los indios á leer, escribir, la aritmética, el latín, la música y toda clase de artes y oficios.⁶

En fin, si bien los misioneros, con un celo poco ilustrado, aunque de buena fe, destruyeron algunos monumentos de la civilización mexicana, parece que se esforzaron en remediar ese mal, pues á ellos especialmente somos deudores de los conocimientos que alcanzamos sobre la historia, la civilización y los idiomas del antiguo México.

Considérense los grandes esfuerzos, los muchos trabajos, la paciencia, la abnegación que todo esto ha requerido

1 *Motolinia*. Pág. 134 y 135.

2 *La Rea*. Lib. 1, cap. 26.

3 *Motolinia*. Pág. 168 y 169.

4 *Herrera*. Déc. 1, lib. 9, cap. 14.

5 *Torquemada*. Lib. 17, cap. 19.

6 *Torquemada*. Lib. 15 y sig.—*Motolinia*. Pág. 209 y 212 *et passim*.

y bendiciremos la memoria de los misioneros castellanos: ¡no les era dado hacer más! Centenares de ellos dieron su vida en el cumplimiento de su ministerio, muchos fueron asesinados por los indios en diversas partes del país, y en tales casos sus humildes labios no sabían proferir sino bendiciones en favor de sus asesinos. ¿Quiénes sino hombres de esa especie podían borrar de la memoria de los indios tanto desastre, tanta sangre derramada? ¿Quiénes sino ellos les pudieron enseñar á perdonar tanta injuria, á amar á sus enemigos, á pedir á Dios por sus tiranos y á resignarse á su triste suerte? Si la conquista fué un bien, ese bien se debe á los misioneros, á sus dulces palabras, á sus acertados consejos y á sus generosas máximas, mucho más que á la espada homicida del guerrero y al arrojo feroz del soldado.

RÁPIDOS PROGRESOS DEL CRISTIANISMO.

Pero el fin principal, el noble objeto de los misioneros en México, era la predicación del Evangelio. Apenas llegaron á Tlaxcala, en medio de la plaza, y á presencia de una gran multitud, comenzaron á predicar por señas, pues no conocían el idioma de los indios. Estos seguían maravillados á los religiosos, admirando el contraste que presentaba su desarrapado traje con la gallardía de los soldados. ¿Qué hombres son éstos? decían; y fué tanto lo que repetían la palabra *motolinia*, que significa *pobre*, que Fr. Toribio de Benavente preguntó su significado, y luego que lo supo, exclamó: «este será mi nombre para siempre»; y así fué en efecto, cumpliéndose el propósito de humildad del buen religioso.¹

Luego que tomaron asiento los misioneros, se dividieron el país en cuatro partes, México, Tlaxcala, Texcoco y Huejocingo, comenzando por esos lugares la predicación del Evangelio.

Al principio juntábase la gente por barrios, en sus propios edificios, porque aún no había iglesias, y allí iban los frailes á predicar y bautizar á los niños.²

1 *Torquemada*. Lib. 15, cap. 10.

2 *Motolinia*. Págs. 100 y 101.

Para facilitar la enseñanza de la religión, hicieron los misioneros, más adelante, construir junto á los conventos unos edificios para que los niños indios viviesen allí congregados, los cuales estaban vigilados por hombres ancianos de respeto, y allí los niños eran enseñados y doctrinados.¹ Esos niños en muchos lugares solían llegar á mil y dos mil, y además de aprender á leer, escribir, contar, tocar, etc., se les acostumbraba á levantarse todas las noches con los religiosos y á cantar maitines, y durante el día ayudaban en los oficios divinos. El sacerdote entonaba la misa y los niños le respondían acompañados de órganos, arpas, flautas y otros instrumentos, de tal manera, que los religiosos, dice uno de ellos, creían estar en el paraíso oyendo á los ángeles.²

Para instrucción de las niñas, se mandaron desde muy al principio algunas beatas; pero después vinieron un gran número de religiosas que tenían escuelas semejantes á las de los frailes, y enseñaban á las niñas á hilar, tejer y demás labores mujeriles. Cuando alguna se quería casar, se le daba marido de los jóvenes educados por los frailes.³

La principal dificultad que encontraron al principio los misioneros, fué la falta de conocimiento en el idioma indígena, de manera que por señas querían darse á entender: señalando el cielo, trataban de dar á conocer la existencia de Dios, y dirigiéndose á la tierra, querían declarar el infierno. Todo esto lo hacían aun en las plazas y lugares más concurridos, exponiéndose á pasar, como en efecto pasaron al principio, por unos pobres locos. «¿Qué tienen esos miserables que tantas voces están dando? decían los indios. Averígüese si tienen hambre ó están enfermos ó locos, dejados vocear, que les debe haber dado su mal de locura. ¿No habéis notado cómo á medio día y á media noche y al amanecer, cuando todos se alegran, ellos lloran? sin duda es grande su mal porque no buscan placer, sino tristeza.»⁴

Pero los misioneros, con una constancia y una dedicación sin ejemplo, se dieron tal traza para aprender el idioma de los indios, que en seis meses llegaron á comprenderle y hablarle los más de ellos, valiéndose al principio de los mis-

1 *Torquemada*. Lib. 16, cap. 13.

2 Carta del P. Bolonia, en Ternaux, tom. 1º, pág. 217.

3 Carta del P. Bolonia, págs. 218 y 219.

4 *Torquemada*. Loc. cit.—*Herrera*. Déc. 3, lib. 2, cap. 19.

mos niños indígenas, cuyas palabras apuntaban en un papel, y luego reunidos las estudiaban y comunicaban unos á otros.¹

Sin embargo, como al pronto los misioneros no podían estar perfectamente prácticos en el uso del idioma, se valieron durante algún tiempo de los niños como intérpretes, y éstos eran los que se dirigían al pueblo, á nombre de los frailes; y Torquemada refiere «que no sólo decían los niños lo que los padres les mandaban, más aún añadían mucho más; confutando con vivas razones (que habían aprendido) los errores y ritos idolátricos, reprendiendo vicios y pecados, y declarándoles la fe de un solo Dios verdadero, y enseñándoles cómo habían estado ciegos y engañados en grandes errores y cegueras, teniendo por dioses verdaderos á los demonios, falsos y mentirosos, enemigos del linaje humano.»²

Aquellas tiernas ceremonias se verificaban en los patios de las iglesias donde se reunía una gran multitud de gente, y después por los barrios andaban cantando y aprendiendo las oraciones, siendo tanta la prisa que se dieron los indios en aprender, que por todas partes, de día y de noche, andaban cantando y estudiando la doctrina.³ Todavía en tiempo de Torquemada, era costumbre que todas las mañanas se juntase la gente en los patios de las iglesias á cantar la doctrina y enseñarla á los niños;⁴ y decimos cantar la doctrina, porque los misioneros para facilitar su enseñanza, arreglaron á la música las oraciones y catecismo católicos.⁵

No obstante los esfuerzos de los religiosos, y cuando ya creían haber adelantado mucho en su empresa, fueron descubriendo, con el mayor pesar, que los indios se juntaban en el silencio de la noche para celebrar sus fiestas idolátricas, cosa que no pudieron estorbar sino á los dos años de predicación; y sin embargo todavía los indios se valieron de otro medio para continuar en su antigua religión, y fué ocultar los ídolos al pié de la cruz y de las imágenes católicas para adorar aquellos, fingiendo que adora-

1 *Torquemada* Lib. 15, caps. 14 y 18.

2 Loc. cit., cap. 18.

3 *Motolinia*. Pág. 30.

4 *Torquemada*. Loc. cit.

5 *Motolinia*. Págs. 30 y 162.

ban á las otras.¹ Esta frialdad de los indios en abrazar el cristianismo duró cinco años;² pero después de ese tiempo, fué haciendo tales progresos el cristianismo, que á cosa de los quince ó veinte años de la conquista, los naturales parecían del todo convertidos, según nos los pinta el P. Motolinia; y una prueba de ello es lo que en otro lugar dijimos, á saber, que en quince años se bautizaron más de nueve millones de personas, asegurándose que en tiempo de Felipe II ya todos los indios quedaba bautizados.³ Gomara dice que en su tiempo no quedaba por bautizar nadie en cuatrocientas leguas muy pobladas de gente.⁴

Era tal, en efecto, el empeño que los indios mostraban por recibir el bautismo, que ocurrían á los frailes no sólo los días señalados, sino diariamente. En los caminos salían á encontrar á los religiosos con los niños en los brazos y con los enfermos á cuestras, pidiendo el bautismo con lágrimas y ruegos, hasta de rodillas. Una vez, con motivo de la duda que se ofreció sobre el modo de bautizar á los indios, se suspendió la ceremonia del bautismo por algunos días; pero era tanta la lástima con que le pedían, tales sus lágrimas y congoja, que hicieron llorar á muchos de los españoles presentes. Era entonces la estación de las lluvias, y sin embargo llegaban los naturales á pedir el bautismo, de tres y cuatro jornadas, pasando ríos y arroyos con peligro de sus vidas. «En ninguna manera nos iremos, decían á los religiosos, aunque sepamos que aquí nos tenemos de morir.»⁵ Algunas veces los caciques se presentaban á la cabeza de treinta ó cuarenta mil personas para hacerse bautizar.⁶

El sacramento de la penitencia comenzó á administrarse en Texcoco en 1536, y le recibían los indios no con menos fervor que el bautismo, siendo tantos los que se iban á confesar, que según la expresión del P. Motolinia, «hacen senda como hormigas,» no teniendo embarazo en andar quince ó veinte leguas para llegar á los pies del confesor.⁷ Veíanse

1 *Motolinia*. Pág. 31 y 32.—Carta del P. Bolonia, en *Termaux*, vol. 10, pág. 215 y 216.

2 *Motolinia*. Pág. 101.

3 *Bernal Diaz*. Cap. 209.

4 Pág. 449.

5 *Motolinia*. Pág. 107 y 115.

6 Carta del P. Bolonia, Op. cit. pág. 219.

7 *Motolinia*. Pág. 117.

hasta mil y dos mil indios perseguir á los religiosos pidiendo la confesión, abandonando por conseguirla sus casas y haciendas.¹

La Eucaristía no se daba al principio sino á uno que otro de los naturales, muy escogido, pues no se les creía con la capacidad de recibirla, hasta que Paulo III dió una bula previniendo que no se les negase.² Desde entonces los naturales comulgaban con mucha devoción, y la mañana que habían de recibir el sacramento se les veía venir á la iglesia, en cuadrillas, vestidos de limpio y ataviados con sus mejores ropas.³

Pero lo que costó gran trabajo á los misioneros fué desarraigando el uso de la poligamia: á todo eran dóciles los indios, á todo se prestaban; pero ¿cómo abandonar aquel jardín de flores de que cada uno se había rodeado? No bastaban ruegos, súplicas, amenazas ni sermones para que los naturales se contentaran con una mujer, y sólo el tiempo y la constancia de los religiosos pudo extirpar aquella costumbre, no obstante que á poco de llegados los frailes, en 1526, dió el ejemplo de casarse, conforme á los ritos católicos, el hermano del rey de Tezcoco.⁴ Decían los indios, en abono de su resistencia, que tendrían pocos hijos; que hacían injuria á las mujeres que tenían, pues las amaban mucho; que no querían atarse con una para siempre si era fea ó estéril; que cada cristiano veían que usaba de cuantas mujeres quería; en fin, que hicieran respecto á mujeres con ellos lo que con las imágenes, que ya que les quitaban unas les daban otras.⁵

Por el contrario, en lo que se mostraron los mexicanos muy fervorosos fué en el uso de la disciplina, en la celebración de las fiestas cristianas, y, sobre todo, en las procesiones. Un autor contemporáneo de Cortés asegura que ya en su tiempo hubo una procesión en que salieron cien mil disciplinantes,⁶ y algunos morían de los azotes que se daban. Cuando se iban á confesar, si el sacerdote no les man-

1 *Torquemada*. Lib. 16, cap. 16.

2 *Motolinia*. Pág. 124.

3 *Torquemada*. Lib. 16, cap. 21.

4 *Motolinia*. Págs. 125 y 126.

5 *Gomara*. Pág. 449.

6 *Gomara*. Pág. 450.

daba que se azotasen, ellos mismos lo pedían diciendo: «Padre, ¿porqué no me mandas disciplinar?»¹

El sacrificio de la misa era tan concurrido en algunas partes, que asistían más de ochenta mil personas; al oír el nombre de Jesús se ponían de rodillas, y al pronunciar el sacerdote el *Gloria patri* se prosternaban en tierra y se disciplinaban como los religiosos; acto que hacía derramar lágrimas de ternura á los misioneros, y los hacía elevar al cielo infinitas gracias por la conversión de aquellas gentes.²

La primera procesión que se celebró en Nueva España tuvo lugar en Tezcoco, á los cuatro años de venidos los misioneros, con motivo de que abundaron tanto las aguas que se perdieron las sementeras y se caían muchas casas. Aquella procesión estuvo muy modesta: una pobre cruz fué lo que sacaron los indios por el pueblo;³ pero más adelante esas ceremonias fueron tomando proporciones colosales, y duraron en su esplendor por mucho tiempo. En 1609, es decir, cerca de un siglo después de la conquista, todavía hubo en México el Jueves santo, una procesión de más de veinte mil indios y tres mil penitentes, y el Viernes santo salieron más de siete mil disciplinantes.⁴

Flores olorosas, sencillos ramos y modestas espadañas eran los adornos con que los naturales engalanaban sus iglesias, y los señores principales concurrían á ellas con sus mejores trajes, labrados de vistosas plumas, y con ramos de flores en las mano. Permitióse en las fiestas católicas el baile y el canto, como los usaban los indios en su gentilidad, aunque los frailes tuvieron cuidado de traducir á la lengua del país las oraciones de la Iglesia para que éstas se cantasen.

Algunas de las fiestas religiosas las ejecutaban los indios al natural. El día de Reyes representaban el ofrecimiento al niño Jesús; figuraban una estrella que conducían desde muy lejos, y en la iglesia ofrecían á la Virgen y al Niño, incienso, palomas y codornices.⁵

El día de la Candelaria iban los indios, desde el tiempo de Motolinia, como el católico más creyente, á bendecir sus

1 *Motolinia*. Pág. 122.

2 Carta del P. Bolonia, op. cit., págs. 217 y 218.

3 *Motolinia*. Pág. 105.

4 *Torquemada*. Lib. 17, cap. 8°.

5 *Motolinia*. Págs. 69 y 70.

candelas, y las guardaban para librarse de los rayos y enfermedades. El Domingo de Ramos concurrían en inmensa multitud á bendecir sus palmas, y el Jueves santo asistían á los Oficios, y en la noche tenían disciplina. El día de Muertos presentaban multitud de ofrendas por sus difuntos, maíz, cacao, comida, pan y gallinas.

En 1536 fué tanta la gente que concurrió al convento de Tlaxcala, que parecía haberse quedado desierta toda la provincia, y ofrecieron entonces los indios una cantidad increíble de telas, *copalli*, cruces, velas, viandas, cuadrúpedos y aves, todo lo cual se destinaba para el hospital.¹

El uso del agua bendita gustó tanto á los indios que se acababan las pilas, y era preciso sebarlas continuamente.²

Los sermones eran tan concurridos que hasta cien mil personas asistían á ellos, viniendo algunas hasta de cien leguas para oír la palabra de Dios.³

En Michoacán la fiesta más famosa era la de la Santa Cruz, y celebraban todas sus fiestas los tarascos con misa, sermón, música, cohetes, luminarias, banquetes, toros y bailes: á éstos concurrían los indios con las cabezas adornadas de plumas, como en su antigüedad, costumbre de que quedaron restos por mucho tiempo en Querétaro, Pátzcuaro y otros lugares.⁴

Do quiera se veía á los indios trabajar de balde en construir los templos, daban cuantas limosnas podían para el sostenimiento del culto, y era tal la reverencia que profesaban á los sacerdotes, que no los veían sin besar devotamente sus manos ó sus hábitos.⁵ Frecuentemente venían los indios de los lugares donde no había frailes, y los llevaban á ellos, teniendo cuidado de prepararles y construirles conventos para que estuviesen con toda comodidad. Cuando no podían ir á algún punto les pedían los naturales una de sus túnicas en testimonio de que irían después, rellenaban el hábito de paja, y le colocaban en el altar de la iglesia, como una prueba de que irían algún día á predicar allí el Evangelio.⁶

1 *Motolinia*. Págs. 72 á 75.

2 *Torquemada*. Lib. 16, cap. 6.

3 Carta del P. Bolonia, op. cit., pág. 220.

4 *La Rea*. Lib. 2, cap. 8.

5 *Torquemada*. Lib. 16, cap. 4 á 6.

6 Carta del P. Bolonia, op. cit., pág. 220.

Frecuentemente se veía llegar á los indios á entregar sus ídolos á los religiosos para que los destruyesen.¹

El país entero se cubrió muy pronto de iglesias; no había lugar donde no se erigiera un templo ó capilla con todos los paramentos necesarios, y sólo el P. Gante hizo construir en México más de cien iglesias y capillas que estaban levantadas en 1529, es decir, á los ocho años de la conquista.² Con razón se podía decir de México lo que un viajero dijo de España: que aquella nación era un claustro.

En fin, la conversión de los indios parecía tan sincera, fué tan repentina, se creía tan espontánea, que nuestro piadoso historiador Torquemada, pesando las dificultades graves de la empresa, no puede menos de atribuir su fácil logro á un patente milagro.³

VERDADERO RESULTADO DE LA PREDICACIÓN DEL CRISTIANISMO Y SUS CAUSAS.

Tal es el lisonjero cuadro que presenta la introducción del cristianismo en México. Si después de haberle contemplado, con una piadosa admiración, volvemos los ojos á nuestra desgraciada raza india, observamos sus creencias religiosas, las estudiamos con imparcialidad, hablamos con los sacerdotes ilustrados que tratan de cerca á los naturales, y sin preocupación, sin pasión ninguna, penetramos como fríos observadores, como verdaderos filósofos, en la humilde parroquia de la aldea, no podremos menos de sorprendernos, porque á la verdad lo que encontramos es que los indios todavía son idólatras, si bien observan las formas católicas, y aun muchas de ellas mezcladas con las de su gentilidad.⁴ Lo que naturalmente ocurre, pues, es que los misioneros *se alucinaron*, creyendo católicos á los indios porque observaban las prácticas externas del catolicismo; pero el tiempo, el tiempo, conducto seguro de tantos desengaños, ha venido á demostrar esta triste verdad: los indios no tienen de católicos más que ciertas formas externas.

1 Carta del P. Bolonia, loc. cit.—*Motolinia*. Pág. 117.

2 Carta del P. Gante, en Ternaux, tom. 10, pág. 197, 198, 202 y 203.

3 Lib. 15, cap. 45 y 46.

4 Véase la 4ª parte.

Esto desgraciadamente es tan cierto que de cuando en cuando encontramos autores que lo han conocido y confesado, abrumados con el peso de la verdad.

El mismo Motolinia, persuadido como lo estaba de la conversión de los naturales, dice «que muchos de los españoles creían que eran fingida esa conversión.»¹ Esto prueba que desde entonces algo se veía en la raza indígena que tal cosa hacía sospechar.

El P. Sahagun, contemporáneo de Motolinia, habla con más franqueza, pues dice: «Hay muchas fuentes y aguas donde ofrecían, y aun ofrecen el día de hoy, que convendrá requerirlas para ver lo que allí se ofrece. Cerca de los montes hay tres ó cuatro lugares donde solían hacer muy solemnes sacrificios, y que venían á ellos de muy lejas tierras. El uno de estos es aquí en México, donde está un montecillo que se llama *Tepeacac*, y los españoles llaman *Tepeaquilla*, y ahora se llama Nuestra Señora de Guadalupe. En este lugar tenían un templo dedicado á la madre de los dioses que llamaban *Tonantzin*, quiere decir *nuestra madre*: allí hacían muchos sacrificios á honra de esta diosa, y venían á ellos de muy lejas tierras, hasta de más de veinte leguas de todas estas comarcas de México, y traían muchas ofrendas: venían hombres, mujeres, mozos y mozas á estas fiestas: era grande el concurso de gente en estos días y todos decían: *Vamos á la fiesta de Tonantzin*. Agora que está allí edificada la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, también la llaman *Tonantzin*, tomada ocasión de los predicadores que á Nuestra Señora la Madre de Dios la llamaban *Tonantzin*. De dónde haya nacido esta función de esta *Tonantzin* no se sabe de cierto; pero lo que sabemos verdaderamente es, que el vocablo significa de su primera imposición á aquella *Tonantzin* antigua y es cosa que se debía remediar, porque el propio nombre de la Madre de Dios señora nuestra, no es *Tonantzia*, sino *Dios* y *nantzin*. Parece esta invención satánica para paliar la idolatría bajo la equivocación de este nombre *Tonantzin*, y vienen á visitar á esta *Tonantzin* de muy lejos, tanto como de antes; la cual devoción también es sospechosa, porque en todas partes hay muchas iglesias de Nuestra Señora, y no van á ellas; y

1 Página 75.